

OPINIÓN

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

No debemos pensar en el deseable desarrollo económico de la sociedad española como un acrecentamiento de la riqueza nacional. Buena parte de tal aumento debe destinarse a acabar con la miseria y la marginación, para ello lo mejor es eliminar el paro y fomentar la educación.

Situaciones terciermundistas

EN TEORÍA, mujeres y hombres nacemos con los mismos derechos y deberes, y hemos de poder gozar de una hipotética igualdad de oportunidades para nuestro desarrollo físico, mental y también económico. En teoría. El solo hecho de nacer en Tanzania y no en Suecia, hace que las personas, todas, no tengamos las mismas posibilidades de salud, de educación y de trabajo. No hace falta saltar al Tercer Mundo para darse cuenta de que esa igualdad es como una broma, como un fraude que nos quieren colar. También entre nosotros se dan situaciones terciermundistas.

Aquí existen miles de hombres, mujeres y niños que no conocen qué cosa sea una vivienda mínimamente digna, que pasan hambre y frío. Y que, por supuesto, no saben leer ni escribir. Hay gente que opina que los marginados se han apartado voluntariamente de una vida normal, que son unos vagos, que no quieren trabajar, que se hacen delincuentes o se vuelven drogadictos porque les da la gana. Pero lo cierto es que la sociedad es la que les ha marginado, que el sistema les ha marginado.

Así de dura es la verdad. Como también es duro oír que los marginados no saben su desgracia, que siempre han vivido en chabolas, que en el fondo son más libres que nosotros, pues no tienen obligaciones y sus necesidades son sencillas, y ellos mismos las pueden resolver, y que la prueba es que sobreviven. Es una auténtica política social la que debe impulsar a nuestra sociedad, obligarla a que se sacrifique sólo un poquito, pagando más impuestos destinados a acabar con las bolsas de miseria y marginación, visibles en todas nuestras grandes ciudades más que en los pueblos, aunque esto no quiere decir que no exista miseria y marginación rural.

La cuestión no es ayudar a miserables y marginados a que puedan seguir vi-

viendo. Se trata de que ellos y sus hijos se integren dignamente en la sociedad. Todos debemos hacer un esfuerzo, aunque ese esfuerzo tenga como consecuencia una disminución de nuestros ingresos, pero siempre bajo el obligatorio dictado de que, quien más gana, más impuestos paga.

Nada se resuelve —y una más que milenaria experiencia así lo constata— con poner en marcha, con la mejor intención posible, las llamadas obras de caridad, como muchas órdenes religiosas y también particulares practican. Piden para dar. Escribo esto porque sé que el que da, o *hace*, la caridad seguirá siendo una persona con más o menos *possibles*, pero seguirá comiendo y viviendo, y con la conciencia tranquila, y que el miserable, el marginado, seguirá viviendo y muriendo en la miseria.

El deseable desarrollo económico de la

sociedad española no debemos pensarlo como un acrecentamiento de la riqueza nacional, y basta. Buena parte de tal aumento de riqueza, si es posible toda la que haga falta, debe destinarse a acabar con la miseria y la marginación. Y la mejor manera de acabar con estas vergüenzas nacionales es eliminar el paro y fomentar la educación.

El desarrollo económico no es una meta a alcanzar, para después crear empleo y, después de ese después, erradicar las bolsas de miseria. Como mínimo, el desarrollo ha de darse a la vez que la lucha contra la pobreza y su subcultura. A la vez. Dos imágenes constatables por los que conocen ambos países pueden ilustrar la cuestión. Una ocurre en cualquier gran ciudad de Estados Unidos, el país más rico de la tierra, y en donde reina el capitalismo individualista más salvaje: en sus calles, día y noche, los miserables

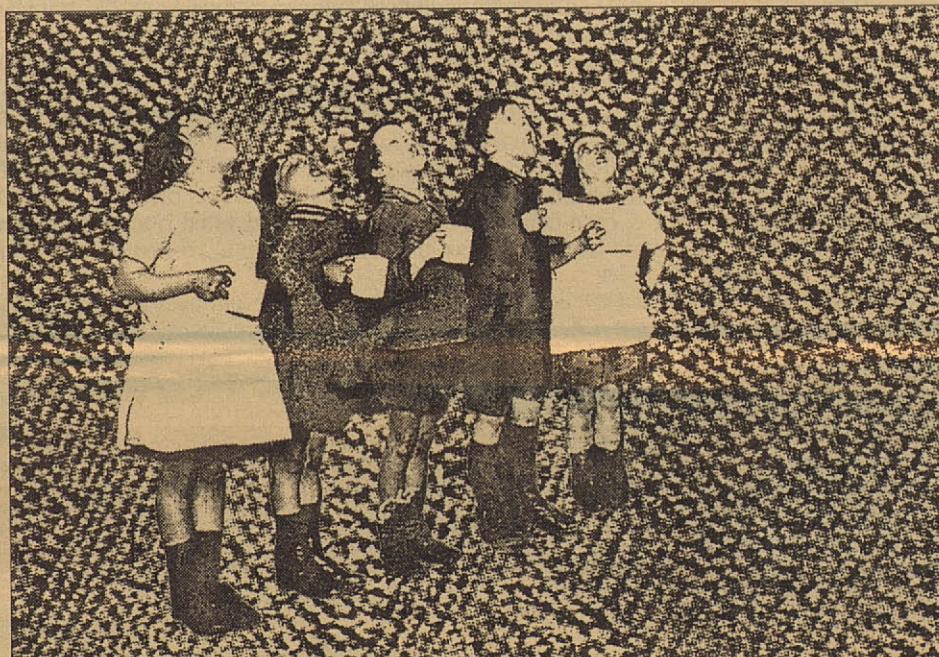
y marginados son visibles; en todo EEUU se cuentan por millones. La otra imagen tiene lugar en una, en todas las calles de Estocolmo. Suecia es un país socialdemócrata en el que la riqueza está mejor repartida: no se ve, no existen miserables ni marginados, y no conocen lo que es el paro.

Pero aquí, sí. Conocemos, vemos y hasta vivimos todas estas desgracias. Y si no se toman medidas drásticas y obligatorias, si se sigue como hasta ahora, el paro seguirá y el analfabetismo seguirá y la delincuencia seguirá. De nada van a servir las llamadas medidas de reinserción social si una vez libre, el delincuente constata que no hay trabajo para él. Un país debe practicar la justicia social, no la caridad. El subsidio de paro desaparece cuando desaparece el paro. Ya sé que peor es nada, para un pobre: como la limosna que recibían de nuestras piadosas abuelitas. Pero es vergonzante.

Y todo esto que no funciona y debiera funcionar, nos costará dinero. Aumentará la presión fiscal por exigencias de la Comunidad Europea y para estabilizar nuestra política económica. Pero luego debemos exigir a los poderes públicos que distribuyan esos impuestos equitativamente, que reviertan en los sectores más castigados por la pobreza, por el paro y por la marginación.

No es aceptable eludir el pago de los impuestos con la excusa de que ciertos políticos han caído en la corrupción. Ni todos los políticos son corruptos ni todos los ciudadanos son santos. El fraude ha de ser perseguido desde las más altas esferas del poder hasta el nivel más bajo, ése en el que muchas personas están cobrando el subsidio de desempleo y tienen otro trabajo oculto, metido en la llamada economía sumergida.

En España siempre llegamos tarde a todo: a la democracia, a la industrialización, a la reconversión industrial, a integrarnos en la OTAN y en la Comunidad Europea, y hasta a lograr una gestión económica transparente que haga imposible toda clase de corrupción. Parecidos problemas tienen otros países, como Italia, por poner un ejemplo cercano. Donde haya mafias, logias y grupos de presión llamados poderes fácticos, la democracia nunca será auténtica.



EL SOL/Nacho Ordás

♦ José Agustín Goytisolo es escritor.